

doc. El pais era cada vez mas variado y pintoresco: los viejos castillos de Mondragon y de Mornas adornan la cima de sus rocas con una corona de ruinas. Nos detuvimos en el último que recuerda un terrible suceso.

Hacia el año 1565, en las guerras de religion que desolaron el Mediodía, habiéndose introducido los católicos en la ciudad de Mornas, tomaron por sorpresa el castillo, degollaron la guarnicion, y como era algunos dias antes de la festividad del Corpus, algunos de los vencedores mas fervorosos que los otros, colgaron sus casas con la piel de los cadáveres protestantes. El baron de los Adrets, supo lo que pasó, y menos para vengar la muerte de sus correligionarios que para reconquistar una fortaleza que era la llave del camino de Marsella, envió á Dupuy de Mombrun á recobrar á Mornas.

Conocido es aquel partidario gigantesco, que convertido por Teodoro de Beze de católico celoso que era, habiendo querido matar á su hermana que habia abjurado, se hizo tan ardiente hugonote que sucedió al baron de los Adrets en el mando del ejército protestante cuando este á su vez se hizo católico. Mombrun, despues de tres dias de un terrible sitio reconquistó el castillo, y la guarnicion católica se entregó á discrecion del vencedor.

Al dia siguiente llegó el baron de los Adrets.

Se sabe que tenia principios fijos sobre el modo de tratar á los vencidos. Si tomaba un castillo hacia saltar á los sitiados desde lo alto al foso de las murallas: si conseguía una victoria á campo raso hacia ahorcar á sus prisioneros en los árboles mas inmediatos al campo de batalla.

Aquí las condiciones eran magnificas: ademas de las murallas de treinta pies, habia todavía una roca y picos de doscientos pies: no se vió embarazado ni un instante en la eleccion de la ejecucion. Juntó la guarnicion sobre la plataforma y forzó á los desgraciados sitiados á precipitarse desde el primero hasta el último. Todos se hicieron pedazos sobre las rocas que forman la base de la montaña; solo uno tuvo la destreza de agarrarse á una higuera que brotaba en una grieta de las piedras. El baron de los Adrets le hizo echar una cuerda y le concedió la vida: despues, no pudiendo conservar el castillo y no queriendo dejarle en poder del enemigo hizo saltar mucha parte de él por medio de barrenos.

Entramos en Mornas buscando por qué camino podriamos llegar á aquel nido del águila que habíamos descubierto en lo alto de sus rocas.

Los habitantes nos indicaron la vereda que salia de la ciudad y nos pusimos á subir uno de los costados de la montaña sobre la que está situado el castillo. A la tercera parte de la subida, casi á algunos pasos de la iglesia, comenzamos á caminar sobre los restos que han

rodado á lo largo de la cuesta y que cubren cerca de una media legua de terreno.

En medio de aquel caos, los habitantes han desbrozado y puesto limpios algunos pequeños cuadros que han plantado de viñas y cuyas piedras las cubren formando naturalmente las tapias. En fin, despues de una media hora de horrosa fatiga causada por aquel suelo, en que ruedan las piedras á cada paso que se da, llegamos al primer patio aspillerado todavía con troneras.

Nuestra entrada en aquellas ruinas, que rarísimamente son visitadas, causó una revolucion entre los alados habitantes que de ellas se habian apoderado.

Milanos, cuervos, búhos, volaron de todas partes y en todas direcciones con agudos chillidos. Tiré á uno de ellos y le erré, pero al tiro un pobre murciélago que buenamente dormia bajo la bóveda, se despertó, y desvanecido por el dia vino lenta y silenciosamente á tropezar en un lienzo de pared, y cayó cerca de nosotros. Felizmente para él, Milord se hallaba ocupado en otro lado: esta distraccion le valió la vida.

Era imposible imaginar una vista mas histórica y estensa que la que se descubria al través de las aberturas de nuestras ruinas: al Oriente la cima de los Alpes Marítimos; al Norte Valencia que habíamos dejado hacia dos dias: al Mediodía Avignon donde contábamos llegar al dia siguiente; al Occidente las llanuras del Languedoc hasta el monte Lozera. Compréndase una circunferencia encerrando el campo donde Belovese reunió sus tropas para invadir á Italia; el campo de batalla donde el cónsul Cepion, cargado con el oro de Tolosa, y su colega Cn. Manlio dejaron tendidos bajo el sable y el hacha de los ombiones y de los kimris, ochenta mil soldados romanos y cuarenta mil esclavos y criados: Roque-maure por donde Annibal atravesó el Ródano para ir á ganar las batallas de Trevia, de Trasimeno y de Cannas: en fin, Orange, donde Domicio Ahenobarbus entró triunfante montado sobre uno de aquellos elefantes á los que debia la victoria.

Despues de haber dejado vagar nuestros ojos sobre aquel horizonte de gigantescos recuerdos ¿no era curioso poderlos detener sobre los restos de otra civilizacion y otra época, asistir á la lucha lenta y continua de los años con las ruinas desiertas, é invocadas á veces en medio de silencio de muerte que las rodea oír caer una piedra, eco sordo y solemne que proclama la victoria del tiempo?

En Mornas se comienza á conocer bien en el lenguaje de los habitantes el progreso que se nota hácia el Mediodía. Desde Viena un ligero acento colora ya la lengua; en Montelimar se altera: en Palud se cambia en un patua ininteligible.

Bajando de lo alto nos hallamos en la posada á un inglés que hablaba siete idiomas y



que se había visto obligado para hacerse servir un par de huevos frescos á acurrucarse en un rincón y cacarear como una gallina que pone huevos.

Como no contábamos nosotros bastante con nuestra mimica para hacernos servir una comida tal cual la reclamaba nuestro estómago, preferimos tener paciencia y dilatar nuestra comida hasta nuestra llegada á Orange.

Por mucha diligencia que hicimos no pudimos llegar allí sino de noche, y esto con gran disgusto nuestro, porque sabíamos que en Orange encontraríamos aun existentes las primeras grandes ruinas de la civilización romana en las Galias: un arco de triunfo perfectamente conservado, un teatro del que quedan bastantes fragmentos para poderlo restaurar en la imaginación, y, en fin, ruinas del circo y del anfiteatro que comprueban que Orange era una colonia de primer orden. Este amor por la arqueología nos arrastró á una grande imprudencia, y fué la de alojarnos en el hotel mas inmediato al arco de triunfo, á fin de tenerlo mas á mano á la mañana siguiente al despertarnos.

No teníamos cartas de recomendación para nadie en aquella ciudad, y no conocíamos á persona alguna: de modo que preguntamos bucnamente á nuestro huésped si no había en aquella ciudad algun anticuario hospitalario que fuese bastante amable para acompañarnos á ver las curiosidades de la ciudad. Nos indicó á Mr. Nogent. Como era todavía hora de hacer visitas aun en provincia, nos arreglamos un poco, y guiados por el mozo de cuadra, que se encargó de ser nuestro introductor, nos aventuramos á dar un paso cerca de nuestro arqueólogo.

Bien nos salió esta confianza fraternal. Mr. Nogent nos recibió con mas política que hubiéramos podido esperar nunca, y desde aquella misma noche nos franqueó un gabinete lleno de medallas, de fragmentos antiguos y urnas funerales hallados en los sepulcros romanos, y conteniendo todavía las cenizas que estaban destinadas á recoger y conservar. Permanecimos allí hasta las diez de la noche y al separarnos de él ya llevaba yo trabajo para una parte de la noche.

Hemos visto como los romanos fueron llamados á las Galias: todo el mundo sabe como César concluyó su conquista y comenzó su colonización. Tiberio Neron, padre del emperador Tiberio, fué encargado por él de conducir y de instalar legiones en las ciudades principales. Así pobló militarmente á Arlés, á Narbona y probablemente á Orange, á pesar de una medalla citada por Gotzius y atacada por el P. Harduin que indica que Neron condujo á Orange la treinta y tres cohorte de la segunda legión. Luego si este Neron hubiera sido Neron *imperator*, no solamente su nombre, sino tambien su efígie se hubiera encontrado en la

medalla: al contrario, hallándose solo el nombre, indica, sin duda, pura y simplemente el Neron *questor*. Hacia, pues, cuarenta y cinco años antes de Jesucristo que la antigua ciudad gala latinizándose cambió su nombre céltico de Arainon por el nombre romano de Arausio.

No tardaron en reconocer los nuevos colonos que la posición de la ciudad colocada á la estremidad de la frontera de los voconcos, cuya fidelidad si se ha de creer á Ciceron en su alegato en favor de Fonteyo, estaba poco firme, sobre una montaña dominando el Ródano hacia de ella un punto de defensa militar, y de colonización civil estremamente precioso. Entonces fué cuando para hacerse perdonar su dominación, los vencedores edificaron en Orange segun la política adoptada para la conquista, aquellos circos, aquellos teatros, aquellas arenas, aquellos acueductos que forzaban á los nuevos ciudadanos de Roma á la admiración y al reconocimiento por su madre adoptiva.

En cuanto al arco de triunfo, segun todas las probabilidades, César lo encontró ya construido hacia mas de un siglo, suponiendo que se adopte aquel de los tres sistemas que parece hoy mas acreditado y que hace remontar la erección de aquel monumento á Domicio Ahenobarbus, como otros dos lo atribuyen el uno á Mario y el otro á César. Una obra arqueológica tenemos á la vista y que es de Mr. Gasparin, ex-ministro de lo Interior, que nos permite examinar aquí estos tres sistemas y reproducirlos con las razones que militan en pro y en contra de cada uno de ellos.

Los apoyos de la opinion que quieren que el arco de triunfo remonte á Domicio son Pontano, *Itinerario á la Galia narbonense*: Mandajors en su Historia crítica: Spon en su viage á Dalmacia: Guibes en el Diario de Trevoux del mes de diciembre de 1729: en fin, Mr. Lapaillone en una memoria que presentó al conde de Provenza en su viage al Mediodia.

Sin embargo, á pesar de las pruebas aumentadas por estos cinco arqueólogos, los partidarios de Mario y de Augusto continuaban en hacer oposicion y dejar en duda á la ciencia, cuando Mr. Fortin de Urban visitando los arcos de triunfo de Cavaillon y de Carpentras reconoció que todos tres eran de un trabajo contemporáneo, y todos tres se hallaban colocados sobre la via antigua que conduce de Viena á Marsella, y auguró que todos tres debieron ser levantados por el mismo triunfo. Al decir de Suetonio, Domicio Ahenobarbus, celoso de la victoria que su colega Fabio Maximo habia, como hemos dicho, conseguido entre la montaña y la ermita á las márgenes del Isere, quiso, no pudiendo triunfar en Roma, en atención á que su victoria no habia terminado la guerra, triunfar al menos en las Galias.

En su consecuencia se fué desde Viena á Marsella montado sobre un elefante, seguido de su ejército y arrastrando tras si todos los trofeos de su victoria. Por su parte los massaliotas, aliados del pueblo romano, causa primera de las guerras de Roma de quien todavía no sospechaban la intencion invasora, y que habian abrazado por su interés, hicieron lo que pudieron por ellos mismos y por sus aliados para dar á aquel triunfo del proconsul la mas grande pompa posible. Lo consiguieron hasta tal punto, que los pueblos, sorprendidos de las maravillas de aquella marcha triunfal, dieron al camino que habia seguido el nombre de via Domiciana. Una de las maravillas de aquella marcha eran los tres arcos de triunfo de Orange, de Carpentras y de Cavaillon.

La sola objecion que los enemigos de este sistema pueden oponer, es que la batalla ganada por los cónsules en la ermita, lo fué por el socorro de los elefantes, y de que no se ve á ninguno de estos animales reproducidos en el arco de triunfo. Pero á esto se responde que el primer combate ganado por Domicio solo lo fué sin el socorro de aquellos animales, y que solo al año siguiente fué cuando los trajo Fabio á las Galias con las dos legiones de refuerzo que le acompañaban: en fin, en aquella segunda batalla era sobre todo Fabio el que habia obrado, y por consecuencia Domicio, que tenia victoria propia, ya habia dejado á su colega dueño de la suya que lo atribuía ademas, en su envidia y odio por él, solo al auxilio de los elefantes y no á su valor ó á su genio. Como se ve, la respuesta es convincente y triunfante.

En cuanto á los partidarios de Mario, la única razon que alegan en favor de su sistema, que ademas es el mas popular, es la palabra *Mario* escrita sobre uno de los escudos del trofeo de armas en la parte meridional; pero este nombre se encuentra allí en medio de otros siete ú ocho y su única ventaja sobre los demas es la de estar mas legible y mejor conservado.

Si el arco de triunfo hubiese sido levantado á Mario, su nombre hubiera sido probablemente el único que lo hubiese adornado; ademas, este nombre hubiera sido inscrito en uno de los lugares mas aparentes y no en un rincón; en fin, se hallaria entre las banderas, coronadas todas de un cuadrúpedo, el águila que Mario introdujo como única insignia de las legiones en el año segundo de su consulado, segun afirma Plinio. Mario derrotó á los cimbro-teutones siendo cónsul por la cuarta vez.

Es mas sencillo pensar que Mario, que segun Valerio Máximo, fué hecho tribuno del pueblo ciento veinte años antes de Jesucristo, combatia un año antes á las órdenes de Domicio como tribuno de los soldados, y que los servicios que prestó en esta campaña le valie-

ron aquel titulo al año siguiente. Por esto, su nombre, como el de los demas tribunos, se encuentra naturalmente inscrito sobre un escudo y no hay necesidad de buscar á esta inscripcion una esplicacion mas seria. Ademas, ¿por qué singular concurso de circunstancias ignoradas hubieran construido á Mario un arco de triunfo á veinte leguas del campo de batalla en donde habia conseguido la victoria? Esto no era probable sobre todo, si quiere recordarse que fué sobre el campo de batalla mismo donde los soldados de Mario levantaron una pirámide que existia todavía en el siglo XV y sobre la que el vencedor se hallaba representado de pie sobre un escudo en la actitud de un general, *imperator*.

En cuanto al tercer sistema emitido y sostenido por Herbert, abad de San Rufe, en su obra titulada *Flores de los salmos*, atribuye el arco á César vencedor de los massaliotas; empero basta echar una ojeada sobre la faz occidental para asegurarse que los cautivos llevan el vestido de los bárbaros.

Los massaliotas, esos hijos de Oriente, estaban en la época en que César los venció, mucho mas adelantados en la civilización que los mismos romanos.

Estas diferentes opiniones que son de poca importancia cuando se las examina en París, tienen grandísimo valor cuando uno se halla cara á cara con el objeto que las hace nacer: así al dia siguiente apenas salió el dia cuando despertando á todo el mundo en el hotel hicimos abrir las puertas. Jadin y yo corrimos al arco de triunfo. Por madrugadores que habíamos sido, hallamos á otro mas aficionado que nosotros; era un anciano de sesenta á setenta años que examinaba una despues de otra las faces del arco con tal atención que era evidente que ponía grande interés en la solución del problema de piedra que tenia ante los ojos. Ademas, nos habia reconocido por artistas como nosotros le habíamos reconocido á él por arqueólogo: de modo que á la segunda ó tercera vez que nos cruzamos, nos hallamos cara á cara con el sombrero en la mano. En cuanto á Jadin se habia colocado en el mejor punto de vista y copiaba su monumento sin cuidarse de la época á que pertenecía.

—¿Qué pensais de este arco de triunfo? me dijo el anciano.

—Pero, respondí, yo pienso que es un monumento muy hermoso.

—Sin duda, y no es eso lo que os preguntó. Os preguntó, ¿á qué época creéis que sube este monumento?

—Eso es otra cosa, soy poco conocedor en esta materia para poderlo decidir. Me llevo por primera vez á la antigüedad, y á primera vista me parece que tengo delante una obra maestra.

—Si, indudablemente no los vereis ni mas hermosos ni mejor conservados en Italia: pero



en Italia al menos se sabe su fecha: las inscripciones las han conservado, las tradiciones las han transmitido; pero aquí no hay nada, la inscripción de bronce ha sido arrancada en el tiempo en que Raimundo de Vaux había hecho de ella una fortaleza.

La tradición popular que lo atribuye á Mario se perdió, de modo que es preciso quedarse con la ignorancia ó en la irresolución.

—Triste alternativa para un sabio, ¿no es verdad? Porque yo no dudo que vos os habeis dedicado á las ciencias arqueológicas.

—Si señor: hace cuarenta años que vivo en medio de las piedras, tratando de dar á cada una una fecha, y reconstruyendo como Cuvier todo el cuerpo por un fragmento. Pues bien, solo de este maldito arco no puedo decir nada de positivo; y sin embargo, ya lo veis, está intacto casi. Pero yo conseguiré mi objeto. He alquilado la casita que veis aquí enfrente, y hace ya dos años que vivo allí; viviré diez años si es preciso, empero reuniré tantas pruebas, que le obligaré á que me diga su secreto.

—Pero, caballero, á falta de convicción tendréis alguna probabilidad.

—Si, yo creo que pertenece al tiempo de Octavio, y que ha sido levantado por la cohorte que estaba de guarnición en Orange.

—Ese es un cuarto sistema.

—¿Por qué no?

—¡Cómo! sois perfectamente libre. También hay noventa y un puntos por los que se cree que pasó el Ródano Anibal... En fin, ¿en qué apoyáis vuestra opinión?

—Mirad, me dijo mi arqueólogo llevándome hácia el lado oriental, mirad, por de pronto un Febo coronado de rayos; todo el mundo sabe que Octavio tenía particular afición á que le alabasen de este modo, comparándole con el astro del día.

—A eso podría yo responderos, que es mas sencillo pensar que simplemente se ha esculpido la cara del sol sobre el lado ante el cual se levanta, á fin de que las primeras miradas del dios encontrasen su imagen. Pero no importa, pasemos á otra cosa.

—¡Pues bien! Pasemos al lado septentrional, y vereis entre los trofeos atributos de Mario que atestiguan que los fundadores del arco han querido tributar su homenaje á la victoria de Actium.

—Si, sin duda aquí están. Pero, ¿cómo se explica la falta de las águilas que entonces debían, no solamente hallarse entre las insignias del ejército de Octavio, sino también del de Antonio?

—Precisamente, precisamente, exclamó mi arqueólogo; como hubiera sido preciso poner las águilas romanas al mismo tiempo que las águilas victoriosas; el escultor ha salido del apuro no colocando ni las unas ni las otras.

—Muy bien, eso es ingenioso, pero no importa, lo acepto.

—Pues bien, ahora mirad el stylobato siempre de este lado: representa una batalla. Después pasemos al otro lado; el stylobato de la cara meridional representa otra.

—Sin contradicción ninguna.

—Pues bien, esas son las dos grandes victorias que consiguió Octavio en Dalmacia y en Iliria.

—Un momento, un momento. Si mal no recuerdo, Floro dice en alguna parte, que el emperador combatió á pie á la cabeza de las legiones, y que fué herido en aquel combate. El hecho era demasiado honroso para Octavio de cuyo valor se dudaba, para que la lisonja lo olvidase en un monumento destinado á perpetuar el recuerdo de su reinado, y ya veis en los dos lados sobre los dos stylobatos, su caballería en los dos ejércitos.

—Si, si, me dijo el arqueólogo desconcertado, ya lo sé; pero yo creía que vos no lo sabíais. Esta es la única cosa que contraria mi sistema, y que le impide triunfar de los demás.

—¿Habeis visto á Merimé aquí, al inspector de los monumentos de Francia?

—Si, ha venido.

—Pues bien, ¿y qué piensa? Es un hombre excelente muy propio para ser consultado en semejante materia. Tiene talento, imaginación y ciencia: es una triple llave con la que se abren todas las puertas.

—El lo cree del segundo siglo, y levantado á la memoria de las conquistas de Marco Aurelio sobre los germanos.

—Pues entonces es un quinto sistema.

—Si, pero este es insostenible.

—¿Por qué? Las batallas se aplican mejor á Marco Aurelio que á Octavio, porque ningún historiador dice que Marco Aurelio combatiere á pie. Estos trofeos marítimos serían trofeos fluviales que recordaban los combates sobre la Dalmacia: en fin, los prisioneros encadenados serían griegos, en lugar de ser galos y nada más.

—Con que, ¿os unís á este sistema?

—Dios me libre, yo adopto y describo todos los sistemas, los reproduciré fielmente, y dejaré á otras personas más hábiles que yo la responsabilidad de decidir entre ellos.

Al acabar estas palabras saludé á mi arqueólogo, y como Jadin había terminado el dibujo, nos dirigimos hácia el teatro.

Cualquiera que sea la época de aquel monumento, no es menos admirable su conservación; debe esta conservación á una circunstancia singular de que ya hemos hablado algo en nuestra descripción arqueológica del siglo XIII. Un príncipe de Orange llamado Raimundo de Vaux, cuyo castillo edificado sobre la montaña dominaba la ciudad, hizo del arco de triunfo una fortaleza avanzada. La rodeó de murallas y practicó su alojamiento en el mismo interior del edificio. Esta extraña instalación no se hizo, preciso es confesarlo, con

la atención de un anticuario. Este noble señor hizo raspar todas las esculturas de la parte oriental que estaba convertida en salón, y en el interior y alrededor del edificio, se ven todavía las señales de los pisos y de las escaleras que había sido preciso establecer. Además Lapisse en su Historia del principado de Orange, ha hecho grabar el arco de granito coronado de una enorme torre de piedra y rodeada de murallas arruinadas de la fortaleza feudal, que aunque mil doscientos años más joven, había venido á tierra hecha pedazos de cansancio y de vejez, alrededor del monumento antiguo siempre fuerte y en pie.

Al volver á la ciudad nos encontramos con Mr. Nogent que habiendo sabido en nuestro hotel que nos habíamos levantado con el sol, se había puesto á buscarnos. Venía con esa cortesía de que los parisienses estamos muy distantes por nuestra vida poco íntima y agitada, á ponerse todo el día á nuestra disposición. Adivinase que tuvimos la indiscreción de aceptar su oferta. Sin embargo, antes de dar un paso hácia la ciudad, le pregunté quien era el anticuario con el que acababa de tener una conversación: me respondió que era Mr. Artaud. Al nombre de aquel sabio arqueólogo, tuve remordimiento de haber sido con él tan ligero de palabras. Volví inmediatamente, le presenté cortemente mis excusas, y le dije decididamente que estaba por el sistema de Augusto.

Mr. Nogent nos llevó desde luego al teatro, y al salir de una callejuela estrecha, nos encontramos de pronto en presencia de aquel monumento. Difícil es el no detenerse delante de semejante espectáculo. La fachada permanecía aun en pie y perfectamente conservada á ciento siete pies de altura, sobre trescientos diez y seis de longitud. La ornamentación es sencilla: se limita á un piso bajo, á una gran puerta cuadrada sostenida por columnas del orden corintio con nueve arcos abovedados, y cada parte separada entre sí por pilastras dóricas.

La segunda línea se compone de once arcos sobrepuestos, en medio de los cuales hay una abertura circular, destinada á dar luz á un corredor interior.

Entre la primera y la segunda línea se estiende una ranura destinada á sostener un techo semejante al de alguno de nuestros teatros, el de la Ópera por ejemplo, para la comodidad de los espectadores que quieren en el mal tiempo bajar de los carruages sin mojarse por la lluvia. Muchísimo se ha discutido arqueológicamente sobre este pórtico sostenido de cada lado por unas paredes vueltas: en él se ha visto el sitio de un foro, y se ha tratado de buscar en Estrabon la prueba de que el teatro de Nise tenía dos caras, la una servía para las representaciones, y la otra para la reunión del senado. No desmentimos esta aserción: pero sin embargo, ponemos la

nuestra en oposición: al menos tendrá el mérito de la sencillez.

Entramos en lo interior del teatro.

¿Qué pueblo era pues ese pueblo romano que domaba á la naturaleza como á una nación, no solo por sus beneficios, sino también por sus placeres? Había un monte en donde le ocurrió la idea de que debía haber un teatro: edificó su fachada al pie de la montaña. Después apretando su poderoso pecho, talló en los anchos costados gradas para diez mil espectadores.

Después he visto los teatros de Italia y de la gran Grecia, los de Verona, Tabormina, Siracusa y Segesto, ninguno está conservado como el teatro de Orange, á escepción, sin embargo, del de Pompeya, preservado por su propio desastre, y del que parece que acaban de salir los espectadores.

Mr. de Nogent fué nuestro cicerone en aquella escena desierta de aquel parterre vacío: después, cuando lo hubimos visitado hasta en sus menores detalles, subimos las gradas cuyo último escalon nos llevó á la cima de la montaña desde donde se distinguen todavía los cimientos del castillo de aquellos príncipes que han dado reyes á la Inglaterra y á la Holanda.

Desde allí se distingue toda la ciudad en medio de la cual se ve levantarse como los huesos de un inmenso esqueleto mal enterrado, no solo los restos antiguos que hemos señalado, sino también las ruinas de un arco y de un anfiteatro.

En cuanto á las épocas feudales, la sola huella que han dejado es, una garita de piedra edificada sobre el punto mas elevado de la fachada del teatro: la tradición popular la hace subir á la conquista sarracena. En cuanto á los modernos, han dejado también su monumento que es, una capilla espioria edificada en el sitio mismo en donde el año 93 se había elevado un cadalso.

Era una vasta mirada á lo pasado que empezaba en Tiberio Neron, pasaba por Abderamachn, Carlos Martell, y concluye en Robespierre.

A la mañana siguiente después de desayunarnos, nos despedimos de Mr. Nogent que nos acompañó hasta las puertas de la ciudad, y dejamos á Orange, habiéndonos sumergido en el antiguo mundo romano, de que cada uno de nosotros iba en lo sucesivo á levantar el polvo: después, llegados á una media legua de la ciudad, nos bajamos de nuestro cabriolé. Le dijimos que fuese á aguardarnos á la primera posta, y tomando hácia la izquierda atravesando hasta los sembrados, nos dirigimos al lado del Ródano, sobre cuyas orillas se trataba nada menos que de encontrar el famoso paso de Anibal.